Fiesta Negra

LA plaza que hoy llamamos de la Constitución estaba desde la mañana llena de un gentío patricio y pueblerino, vocinglero, inflamado de patriotismo. Se iba a jurar la primera Constitución de la flamante república y hasta en los pañuelos de seda se habían grabado los primeros artículos del código que iba a reconocer para siempre los derechos individuales. Está demás decir que los vasos lucían los retratos de los constituyentes, las figuras graves y patilludas de los señorones grabados ya para siempre en la historia.

La plaza está llena de gallardetes y banderas. En el Cabildo flameaba airosa la bandera oriental acompañada de la inglesa y la brasileña. Todo se preparaba para la tarde. A las seis aparecía el Presidente de la República, el cuerpo diplomático. Juan Lamas, el poeta inconstitucional, sentíase ya hastiado de tanto patriotismo en ebullición. Se encontró en la esquina de la plaza con su amigo Pedro Dorrego y frente al Cabildo saludaron a la bandera nacional.

—¿Vienes al baile de esta noche? —dijo el aristócrata Dorrego.

—No. Prefiero el baile de los negros. Allí me sentiré mejor...

A Pedro Dorrego, que era un aristócrata incontaminado, de los que no respiraban delante de un inferior de clase por no empañarse el aliento, le parecía aquella idea de Lamas de muy mal gusto. ¿Por qué iría Lamas al baile de los negros?

Pensó en una extravagancia de poeta y que todo le podía ser tolerado. Siguieron caminando y atravesaron la plaza Constitución. En medio de la plaza se había erigido un estrado. La gente empezaba a congregarse. Las señoras, con sus trajes de miriñaque de polleras amplias, ocupaban casi todo el espacio disponible. Llevaban a los niños de arrastre. Aquellos niños serían los patriotas del futuro. En las graves expresiones se insinuaba un precoz procerismo. Eran niños tristes, con juegos limitados, circunspectos, imbuídos de aquella educación dosificada que prodigaban nuestras tatarabuelas. Los patricios, con sus galerones altos y sus patillas picudas, acompañaban a las señoras en la plaza. El viento frío que soplaba del mar no les alteraba para nada la tiesura. La línea recta era perfecta. Nuestros patricios rebosaban de civismo patriótico.

Lamas saludó a un viejo, feo como un mono, de espejuelos cabalgando en la nariz, encorvado, de expresiva sonrisa sardónica.

—¿Quién es? —preguntó Dorrego.

—Es Acuña de Figueroa.

Acuña de Figueroa era el poeta nacional. Era un símbolo de la patria. Había escrito la letra del himno nacional. En su juventud se había pasado a los españoles, después a los portugueses, después a los brasileños. Tenía versitos para todo el mundo. Para la señora de Oribe, para Rivera, para Pereyra, para Giró. Adulaba a los que estaban arriba y era el burócrata eterno, como su padre.

La noche del 18 de julio, en el caserío sobre el arroyo Miguelete, rincón de los negros, se iba a realizar la ceremonia coreográfica con que la raza de color contribuía a los festejos patrios. Los negros habían formado en los batallones que defendieron a Montevideo de varios ataques de fuerzas extranjeras.

Desde temprano el caserío se alboroté como un camoati. La negra Francisca, vieja matrona del negrerío, sería coronada reina del candombe. La residencia limpia y rococó de la madrecita se llenaba de comadres.

—La bendición, ña Panchita, le pedían las negras jóvenes.

Y ella contestaba:

—Jesucristo sea loado.

El negro Isidoro —con el moterío blancuzco— sería coronado rey del candombe.

Los negros celebraban con este candombe extraordinario la libertad de vientres. El decreto del Poder Ejecutivo, lacónicamente, decía que en el territorio de la Banda Oriental ya nadie nacería esclavo; ni los negros, ni los hijos de los negros podrían ser propiedad de otros hombres, ni vendidos, ni arrendados. Para los copetudos constituyentes, aquel decreto carecía de importancia; el Presidente lo había firmado como uno de tantos, pero los negros querían demostrar a sus amigos que eran libres y con una fiesta candombera pagarles tan generosa dádiva.

Desde el atardecer empezó a llenarse la plaza del caserío de los negros sobre el Miguelete. Faroles de papel y banderitas colgaban mecidas suavemente por el viento. Iban llegando las negras viejas con sus trajes de colores, sus collares de cuentas, rojos, azules, amarillos; otros formaban los colores del flamante pabellón. Algunas negras llevaban un sol de platería que colgaba en medio de los senos frondosos.

Desde hace unas horas, un rumor cada vez creciente atruena y quiere romper el tímpano de la ciudad. Son los tamboriles vibrátiles con su ronco borocotó, los cencerros, los panderos, que gritan hasta la desesperación. Nunca se vió tanto negro por las barriadas de Montevideo! Los magises, los bangelas, luandas, molambos, representantes de todas las sectas, mezclados con mulatos, cuarterones, se entremezclaban con los guapos de los arrabales, la flor y nata del malevaje. Un sin fin de curiosos se van acercando a la rueda. Vienen de todas partes atraídos por el loco tronar de los tamboriles. Las sirvientas huyen de los caserones patricios, se atropellan, abandonan las cocinas para acudir al lugar del jolgorio ruidoso. ¡Un pedazo de Africa vibra en medio de la ciudad! El ruido crece ensordecedor, se amplifica, acusa un crescendo magnífico. El ritmo del candombe adquiere trazas de una locura orquestal, en que todo se contorsiona. Los vientres giran y rotan atraídos por el imán de la danza, los senos de las mulatas se mueven en ritmo dislocado. Los brazos se alargan en el aire, las piernas se caen. Los viejos van a la zaga de los jóvenes, las matronas pasan orondas y enhiestas. En medio se forman varias parejas, que danzan en dos en dos mirándose. Se miran cortesmente, se saludan. De pronto empiezan a mover los brazos agitadamente, las piernas avanzan en contoneos ágiles. Una rotación toráxica sacude a los bailarines, mientras el corro se forma alrededor. De pronto un gran silencio se hace. Cesan, se apagan los tamboriles. Han entrado el rey y la reina. El rey lleva una galera alta, levita de muaré, zapatos con hebillas, como los virreyes. La reina, una corona de papel pintado y miriñaque. Llevan una comitiva de lindas mozas. El rey y la reina se deshacen en saludos, reverencias magníficas, bendiciones. El candombe se ha detenido como por encanto, pero el rey, con su bastón, ha dado la orden de empezar; él será el director general de la danza.

Ahora todos se confunden en una locura colectiva; hay una promiscuidad general. ¡Es el candombe! El negro ha perdido el control de sí mismo y se entrega, fernético, a mandinga. Se ha integralizado en la danza, sintiendo el animismo salvaje, el llamado de la selva, la ancestralidad africana que emerge de la subconciencia. Se desarticula; los brazos y los pies se dislocan; todo se pierde en la ruidosa danza, que es confusión de miembros humanos, de gritos:

—Oiá, oié, oiá, oié.

...Gritos que se prolongan, que se agudizan en la noche.

"Y en la tierra de balanco se cabó la depotima..."

ILDEFONSO PEREDA VALDES

ILUSTRACION DE GUEVARA